

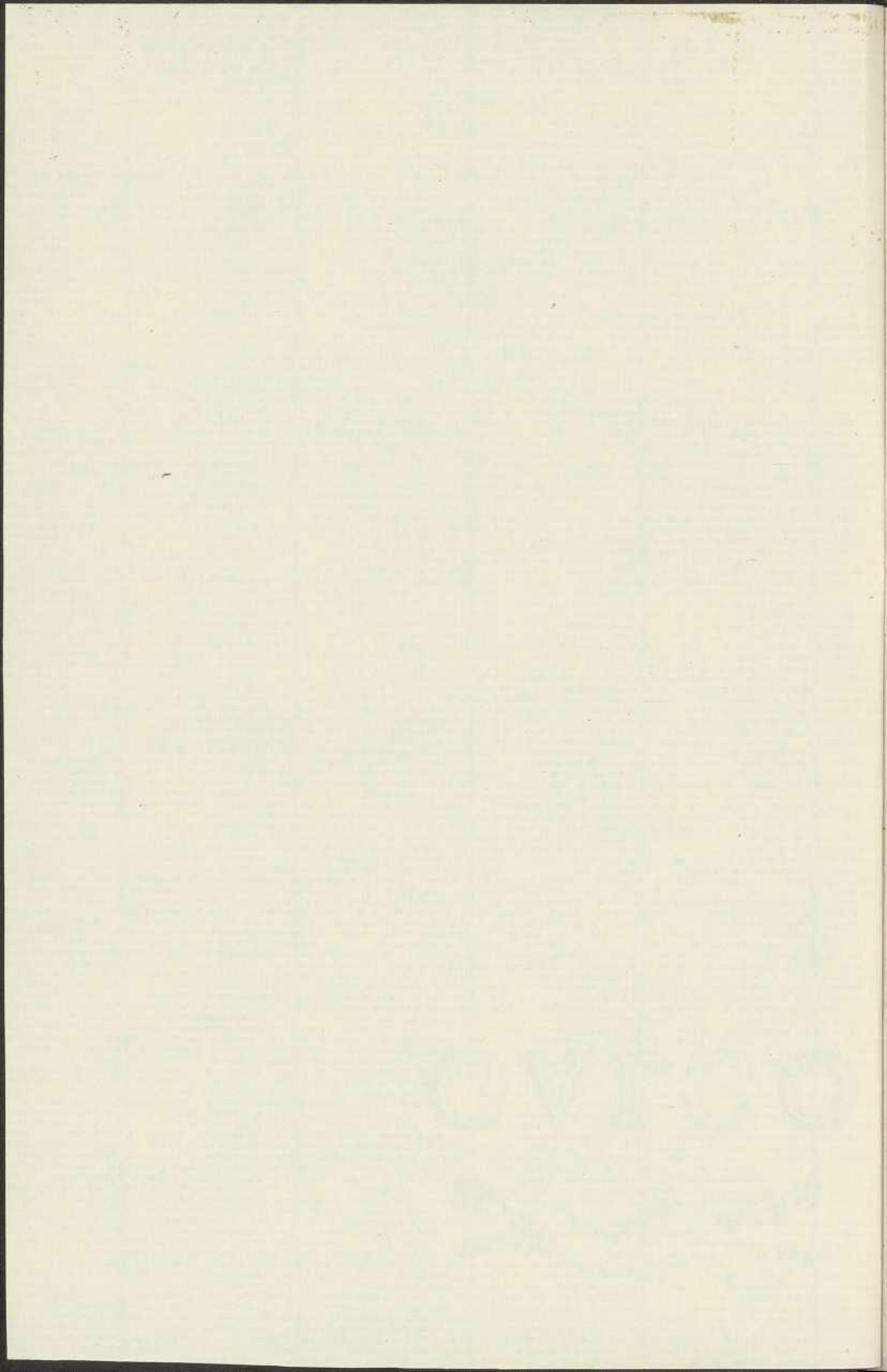
FA02508

Cardinal Albino

St. Francis Xavier

R. 5/1/77

41031444



El Cardenal Albornoz

POR EL EXCMO. SR.

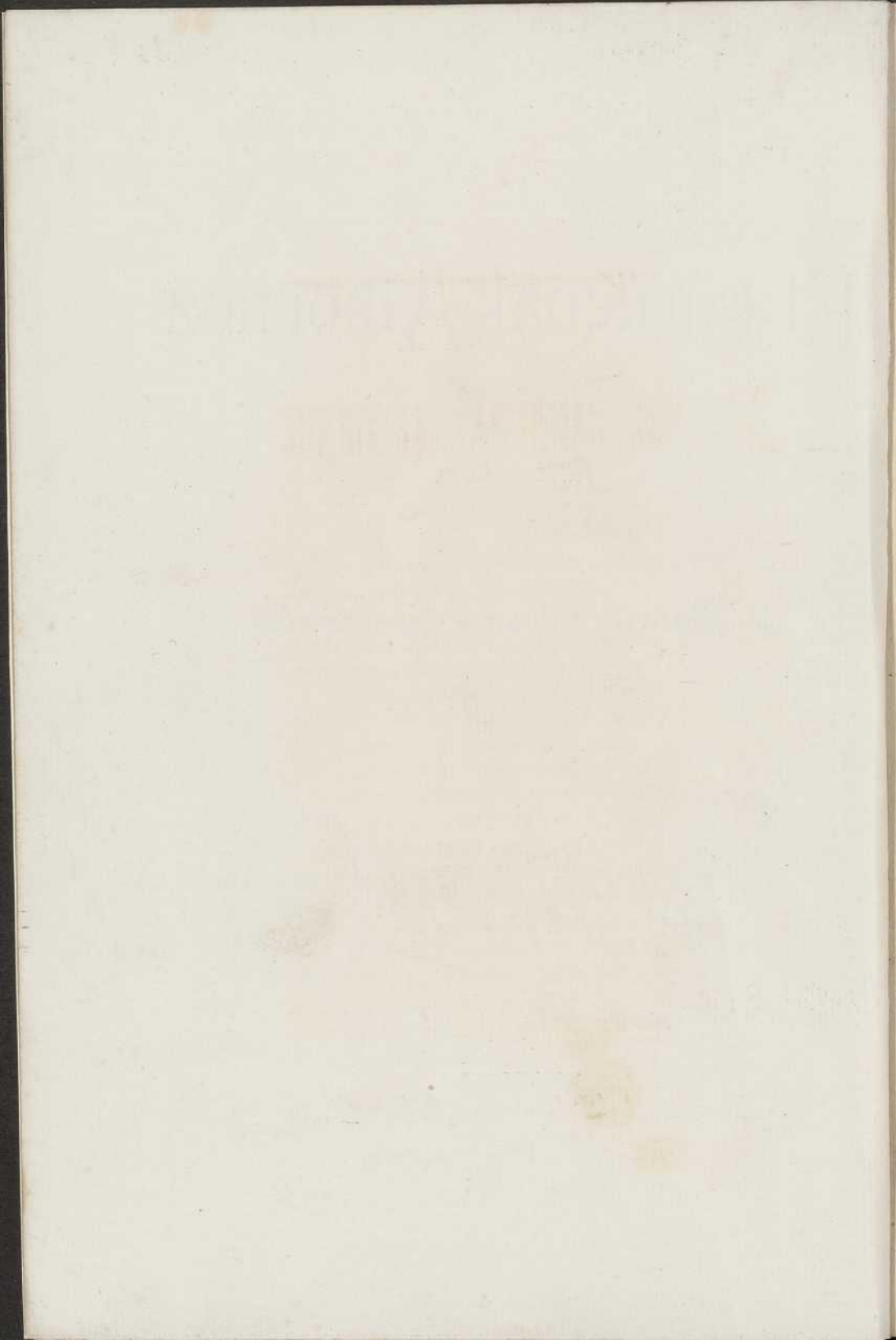
D. Antonio Cánovas del Castillo

R. 54.199



SEVILLA
Tipografía de El Universal, O'Donnell, 34.

1894



929 Albornoz

CAM

can

EL CARDENAL ALBORNOZ

Precisamente detrás del famoso *Transparente* de la Catedral de Toledo, y sirviéndola de cabecera, levántase la capilla de San Ildefonso, sin duda fabricada hacia la mitad del siglo XIV. Ignórase quién la costó; mas quizá fué el célebre cardenal y arzobispo de la diócesis, D. Gil Alvarez de Albornoz. Varios sepulcros interesantes hay allí, entre ellos el del obispo de Avila, don Alfonso Carrillo de Albornoz, que murió en el siglo XVI; mas la atención de los más se concentra en el que aisladamente ocupa el centro, donde el cardenal reposa, y consiste en un sarcófago colocado sobre seis desgastados leones, que corona la estatua yacente del difunto. Cuantos han visitado la antigua corte goda, recordarán aquel mármol en su origen blanco, y amarillento ahora, no sin primer labrado en el zócalo con arquillos



y santos, que denuncian el arte toscano, de donde en el propio siglo XIV debió traerse á la Península. Modesto resulta el monumento en junto, sobre todo comparado con los de la inmediata capilla de don Alvaro de Luna. El hombre de Estado al uso por aquellos siglos, mucho más cortesano que político, todavía con mayor codicia que ambición, sin escrúpulos, generoso cuando su interés no le impulsaba á la crueldad, más atento, en suma, á ser el primero, que el mejor, descansa en aquella capilla, junto á su mujer, honrado con todas las magnificencias del arte ojival. El cardenal no está, en cambio, sino como suele éste ó el otro prelado en su iglesia, pues que la capilla misma de San Ildefonso no es exclusiva, sino una especie de cementerio principal. Verdad es que el uno dejó la vida en un cadalso, mandado levantar por hombres iguales ó peores que él, sin haber servido para nada grande, y el otro fué traído en andas á Toledo, con unánime homenaje, mereciendo por sus hechos un primer puesto en la historia universal. La mentira y la verdad de la gloria están muy bien representadas en las dos capillas vecinas. Todo lo que fué D. Gil está simbolizado en un capelo que á plomo pende sobre su sepulcro desde la bóveda; mientras

que de la incuria de sus compatriotas da fé su estatua yacente, há tiempo mutilada. Tan solo inspira todo esto un frío respeto entre los visitantes que algo saben de oidas tocante al hombre que quinientos años hace habita el hueco de aquel túmulo como hay tantos. Por mi parte, lo contemplé yo melancólicamente, cuando en mis mocedades visité á Toledo la vez primera, por más que aún no conociera de D. Gil sino lo substancial que encierra el libro de Juan Ginés de Sepúlveda, caído por casualidad en mis manos. Pensé ya entonces escribir uno más lato, que nunca imaginé naturalmente, tan elegante, como el de aquel sumo humanista, pero sí más nutrido, ya de noticias, ya de ideas, ó lo que es lo mismo, menos retórico y más próximo á lo que por historia se entiende en nuestro siglo. El libro se escribió con efecto, mas mercedamente permanece inédito, porque antes de mucho advertí que no habia para él contado con todos los materiales existentes. Pienso que hoy los poseo, pero quizá es tarde para refundir mi trabajo. Aprovecho, pues, la ocasión que se me ofrece para decir algo acerca de D. Gil que del todo no sea vulgar.

La Historia por naturaleza es amiga de los hombres grandes, sobre todo, si además



de serlo por el entendimiento y el carácter, también lo son por su valor moral. Entre ellos hay que contar, sin disputa, al buen caballero de Cuenca de quien hablo; teólogo canonista y prelado insigne, primer consejero del mayor rey de España en la Edad Media, sacerdote ascético, persuasivo orador, general invicto y profundísimo político, todo á un tiempo. Su huella en la Historia de España no es más honda, sin embargo, que las que dejaron el arzobispo D. Rodrigo y Fray Francisco Jiménez de Cisneros, porque su grandeza no apareció aquí tanto en lo que hizo como en lo que se guardó de hacer. Pero en la Historia universal, ni uno ni otro le llegan de lejos. Como las naciones, sin pensar y sin querer, son egoistas, no hay que maravillarse de que en nuestra patria se recuerde más lo singularmente español, que lo europeo y lo católico, que en tiempo de D. Gil, de hecho como de derecho, era lo universal. No han de faltar con todo españoles capaces de entusiasmarse con los altos hechos del afortunado restaurador del señorío de los Papas en el siglo XIV, y, cualesquiera que sus actuales convicciones sean, pocos tal vez habrá que no se enorgullezcan de aquel insigne compatriota, que ni profesaba, ni podía profesar otras ideas que las

que se ajustaban á su siglo, á su estado y condición; las que estaban, en suma, conformes con su conciencia. Exígelo así imperiosamente la filosofía de la Historia; pero además, el de patria sería un nombre vano, si para éstos ó aquéllos no significara un permanente lazo de simpatía hasta entre los que piensan y no piensan por modo idéntico.

A decir verdad, esto de no ser popular el nombre de D. Gil en España, al contrario de lo que pasa en otras partes, por lo que en su prólogo dice el doctor José Wurm, su novísimo biógrafo alemán, no proviene de que le falten panegiristas nacionales. Dejo ya citado el libro de Sepúlveda, escrito en latín por su autor cuando era condiscípulo de Nebrija en Bolonia, de 1515 hacia adelante, y que se imprimió en aquella ciudad el año de 1521, bajo la forma de un cuaderno de cuarenta y un folios, que poseo. Tradújose al castellano dos veces: la primera, por el maestro Antonio Vela, con el concurso de Sepúlveda mismo, que vió la luz en 1566 y en Toledo; la segunda, estampada en Bolonia, que fué obra del colegial de San Clemente D. Francisco Antonio de Ocampo. Siguió á las traducciones del librejo de Sepúlveda, siempre elegante, sobrio y metódico, tan solo destinado á enseñar cosas de las

que merecían ser sabidas, á juicio de los clásicos del Renacimiento, otra de muy distinta índole; anecdótica, desordenada, pero más copiosa en noticias, principalmente por lo que toca á la estancia de D. Gil en España. Tuvo por autor esta al cura párroco de Sacedón y Córcoles, Baltasar Porreño, natural de Cuenca, y bien conocido por otras obras de igual linaje, á quien reputó muy verídico el historiador de aquella ciudad Pablo Mártir Rizo. Pero á todo esto, lo más importante de una y otra biografías está sacado de un manuscrito anterior, si no ignorado, desconocido, que la fortuna ha traído á mis manos. Escribióse á instigación del obispo de Avila D. Alfonso, sobrino de D. Gil, y como él enterrado, según se ha visto, en la capilla de San Ildefonso, por dos ingenios: el uno, Rodrigo de Vivar, bachiller y estudiante en el colegio de Bolonia, fundación de D. Gil; el otro Juan Garzón, por entonces escritor y humanista muy estimado en aquella ciudad. Lo que el obispo quiso, fué solo que redactase este último la biografía, y se valió para lograrlo de la mediación de Vivar; pero puestos los dos de acuerdo, mejoraron la idea, repartiéndose el trabajo. Introdujose Vivar en el archivo del colegio, y muy pronto vinieron allí á sus manos hasta

ochocientas cartas de los pontífices Inocencio VI y Urbano V á D. Gil, durante su legación de Italia, con otras muchas, por éste dirigidas á aquéllos pontífices, todas sin orden y precipitadamente coleccionadas. No sé si cuando Sepúlveda estudiaba todavía existía por allá aquel tesoro; más yo he hecho después inútiles gestiones para averiguar su paradero, y no parece inverosímil su pérdida. También ignoro si Sepúlveda, tan excelente estilista y tan versado en las ciencias escolásticas, era paciente investigador al tiempo mismo y volvió de por sí á estudiar los documentos. Pienso de todas suertes, que Vivar prestó un excelente servicio á la ciencia histórica, ordenando y extractando aquella correspondencia, cuando habían ya transcurrido tantos años sin que nadie la tomase en cuenta. En esto del tiempo erró Vivar, por cierto, porque partiendo de la fecha indubitable de la muerte de D. Gil y de la de Garzón, que ocurrió en 1505, según reza la bibliografía intitulada *Notizie degli scrittori bologni*, formada por Juan Fanturri en 1784, no resultan más que ciento treinta y ocho años. Por virtud de los afanes del buen bachiller, trabajó al fin Juan Garzón sobre papeles auténticos, aunque no siempre desdeñara otras fuentes menos puras, formando



una compilación, que el propio Sepúlveda, al condenar durísimamente su método, su estilo, y hasta su latín, no deja de alabar en el fondo. Grande fué el desprecio con que trató luego á Garzón el poco esmerado aunque diligente Porreño, calificando su obra hasta de inculta, por seguir á Sepúlveda; pero si algún día se imprime, quedará patente que á ella debemos en primer término cuanto de D. Gil se sabe. Por eso me he detenido algo en hablar de su origen.

No hay, por de contado, que confundir á los Alvarez de Albornoz con los Carrillos de Albornoz, aunque ambas familias emparentasen. Por el epitafio del padre de D. Gil en la catedral de Cuenca, que copió primero Porreño y más tarde Mártir Rizo, consta que se llamó Alvarez, uno de los primitivos apellidos de Castilla, añadiéndose á éste luego el de Albornoz, por el señorío del pueblo de tal nombre, cercano á Cuenca, que de tiempo atrás poseía la familia. Por cierto que el retrato de aquel caballero todavía existe en el colegio de San Clemente de Bolonia. Impertinente sería dedicar mucho tiempo aquí á la parte bibliográfica. Conviene advertir, con todo, que en las Crónicas contemporáneas de la Romagna y la Marca de Ancona, con frecuencia se hallan noticias



de D. Gil, lo propio que en la Crónica de Mateo Villani y en la del incierto autor de la vida de Nicolás Rienzi, dada á la luz por Zeffirino Ré, con notas interesantes. Ni debo dejar sin mención algunos trabajos recientes, que con preferencia deben consultar los estudiosos. Uno de estos es la *Historia de la ciudad de Roma en la Edad Media*, por Fernando Gregorovius, impresa en Venecia; otro se titula en la traducción francesa *Rienzi et Rome*, por el malogrado historiador alemán Félix Papencordt; otro lo ha publicado Mr. Emmanuel Rodocanachi en París, bajo el título de *Colá di Rienzo, Histoire de Rome de 1342 á 1354*, y otro es, para concluir, el del ya referido doctor Wurm, que ha visto la luz el precedente año, encabezado por dos renglones que en castellano dicen: *El Cardenal Albornoz: Segundo fundador del estado eclesiástico*. En ese título, según se ve, va ya comprendido lo más esencial de la existencia histórica de nuestro gran arzobispo toledano.

Porque dicho está de sobra, que la carrera de D. Gil en España, aunque llena de ejemplos altísimos, no fué la que le elevó á su excepcional reputación histórica. Nacido en Cuenca con incierta fecha, aunque poco antes ó poco después de comenzar el décimo cuarto siglo, su tío carnal D. Jimeno de Lu-



na, arzobispo de Zaragoza, logró que se dedicase á la Iglesia, estudiando primero al lado de éste, y más tarde en *Toulouse*, ciudad donde á la sazón resplandecían mucho las letras, y donde el futuro sacerdote se señaló grandemente en ambos derechos. Protegido por su propio tío, que había pasado ya á la iglesia de Toledo, pronto ascendió al arcedianato de Calatrava, llamando al punto sobre su persona la inteligente mirada de Alfonso el Onceno, que hizo de él su capellán predilecto. Vacante, en fin, por muerte del tío la mitra de Toledo, por extremo influyó aquel monarca para que el cabildo, á quien todavía tocaba semejante facultad, lo eligiese arzobispo; y ya en aquel alto puesto, intervino siempre en los mayores negocios de Estado. Hasta aquí hubo sólo que celebrar la intachable pureza de sus costumbres, en días para todo tan tolerantes; su piedad austera y el gran juicio y autoridad con que intervenía en los Consejos del rey. Gobernó, por otro lado, con sumo celo y justicia su iglesia, siendo de esto buen testigo el célebre arcipreste de Hita, mucho mejor coplero que sacerdote. Hizo también aquí y allá importantes fundaciones pías. En estas tareas de su estado, sorprendióle la súbita irrupción en las costas andaluzas de los Benime-

rines, gentes de los desiertos mauritanos, que por vez postrera intentó avasallar la Península al Africa, bajo el gobierno de Abu-l-Hacem, rey ya de Marruecos. Confió primero la empresa á su hijo Abd-el-Melik, que pereció peleando cerca de Arcos, y luego se dispuso á pasar él mismo el mar. Alborotóse, como solía, la cristiandad con parecidas nuevas, y Benedicto XIII, residente en Aviñón, proclamó para aquella guerra la cruzada, nombrando su comisario general al arzobispo toledano. Tomaron, pues, la cruz el rey de Castilla y su suegro el de Portugal, y en compañía de D. Gil se encaminaron contra los reyes de Marruecos y de Granada unidos, que asediaban y tenían ya puesta en riesgo á Tarifa. Con esta ocasión ocurrió la célebre batalla, vulgarmente llamada del *Salado*, durante la cual no se apartó D. Gil un punto de D. Alfonso el Onceno, ya señalándole la tardanza de los suyos en pasar el río, para que pronto se atacara de cerca á los moros, ya conteniendo su excesivo ardor, con aquellas palabras de la Crónica: «Señor, estad quedo, et non pongades en aventura á Castiella et Leon: cá los moros son vencidos, et fio en Dios que vos sodes hoy vencedor». Así fué; y siguióse á la victoria el sitio y conquista de Algeciras primero, des-

pués el de Gibraltar, que costó la vida al gran rey. Había continuado asistiéndole don Gil durante tales campañas, sin olvidar el buen gobierno de su diócesis, ni sus fundaciones piadosas, y sin descuidar tampoco, probablemente, el ejercicio del cargo de maestro del príncipe D. Pedro, que su padre le confiriera. Pero las lecciones del sabio maestro, aunque dadas con tanta autoridad y experiencia, de nada sirvieron al que había de llamar la historia D. Pedro el *Cruel*. Tan inútiles fueron, como la traslación que para su «enseñamiento mandó hacer don »Bernardo, obispo de Osma», del libro que se intituló en castellano: «*Del governmento »de los Príncipes, fecho de D. Frey Gil de »Roma, de la Orden de Sant Agostin*». Si racional duda quedase de la falta de juicio de D. Pedro, que tan infeliz le hizo á él como hizo al reino, bastaría para desvanecerla, en mi concepto, la pronta y voluntaria expatriación de D. Gil, miembro de una de las familias más valerosas de la nación, según se verá, y que, aparte de la del rey, alcanzaba la primera autoridad en Castilla. Querido, venerado, y por todos, sin duda, requerido para que interviniese en el nuevo gobierno, aconsejando y guiando como á su padre al nuevo rey, algo advirtió desde el principio en su

discípulo que le movió á abandonar silenciosamente su mitra y cuanto poseía, resolviéndose á no parecer más en su patria, ni vivo ni muerto, hasta que, como en su testamento dijo: «La indignación del presente rey contra su linaje, en algún tiempo cesare».—A aquella indignación bien pudieron dar motivo, sin razón ó con ella, otros de su familia; pero D. Gil, que por su sola persona y por sus inmensos medios de acción, se bastaba para contrastar toda la furia de D. Pedro, y contribuir más que nadie á destronarlo, nada había hecho, y nada hizo, sino partir en paz, renunciando á toda resistencia. Muy de otra suerte habría obrado, si su lealtad monárquica, su horror á las guerras civiles, su resignación heroica, y una profunda conciencia de la totalidad de sus deberes, no le hubiesen apartado de unos caminos tan frecuentados antes, y después, dicho sea con dolor, por los españoles, aun cuando fuesen arzobispos de Toledo; caminos por donde vinieron las sucesivas catástrofes de Nájera y Montiel.

El reinado de D. Pedro había tenido principio en 1390, cuando ya llevaba ocho años de pontificado Clemente VI, de nación francés. Compró éste á la reina Juana de Nápoles la ciudad de Aviñón, mostrando así



deseos de prolongar aquélla estancia de los Papas fuera de Roma, á que Clemente V dió principio más de cuarenta años antes, con daño de la Iglesia y sobre todo de su dominio temporal en Italia. Recibió, pues, dicho pontífice en Aviñon á D. Gil y con gran júbilo por ser ya ventajosamente conocido en la corte pontificia, y lo elevó á la sacra púrpura el 18 de Diciembre del mismo año de 1350, anotando entre sus buenas acciones ésta el historiador pontifical Platina. Tomó parte ya el cardenal nuevo en el Cónclave que eligió á Inocencio VI, dos años después del advenimiento de D. Pedro, y todas las precedentes fechas demuestran que sólo permaneció nuestro arzobispo metropolitano en España el corto espacio de nueve meses desde aquel suceso. Su nombre no suena más de allí adelante que como cardenal de San Clemente y obispo de Santa Sabina, ocupando en 1351 otro prelado la silla de Toledo. Dejó entonces definitivamente de pertenecer D. Gil á la historia de su tiempo en España.

Era el nuevo Papa Inocencio VI totalmente al revés que su antecesor, á juicio de Gregorovius, es decir, justo, severo, austero y de índole monástica, y entre otras cosas ordenó al punto que todo prelado volviese á su residencia canónica, lo cual debía de in-



clinarlo á ocupar la suya, que era la de Roma, introduciendo además útiles reformas en la administración general de la Iglesia. Bien pronto pensó asimismo en restaurar los derechos pontificios en el Estado eclesiástico, y para ello desde luego puso los ojos en el cardenal Alvarez de Albornoz, hombre que entre toda su corte sobresalía ya, nombrándole el 30 de Junio de 1353 por legado suyo y vicario general con amplísimos poderes, así espirituales como temporales, sobre todo género de personas en el continente de Italia. Por un Breve especial le encargó el restablecimiento de la paz en el Estado eclesiástico; y la índole notoriamente caballeresca de D. Gil, y su ardiente fé, que nunca degeneraba en ascetismo inactivo, ni en espíritu fanático, eran ya tan conocidos, que todo el mundo alabó la elección. No tardó en encaminarse á los Alpes, penetrando en Italia el 19 de Agosto de 1353 el reducidísimo grupo de españoles que con D. Gil acometió la descomunal empresa de someter á unos señores feudales de tan alto vuelo, que no se contentaban con poseer castillos roqueros, sino que dominaban numerosas y pobladísimas ciudades. Esto en medio de Príncipes soberanos usurpadores, impíos, capaces de todo crimen por el poderío ó por

el dinero, y de turbulentas democracias independientes, y habiendo de tropezar á cada paso con aquellas hordas de aventureros ingleses, franceses, alemanes, que llamaban los italianos *Compagnie di Ventura*, engendradas en la guerra titulada de los Cien Años entre Inglaterra y Francia. Gente esta última rapacísima, feroz, que llegó á hacer tributarios á los propios Papas en Aviñón, que ayudó á adjudicar ó quitar alternativamente el trono de Castilla á D. Pedro y su hermano el *bastardo*; que se burlaba de las armas espirituales, cuanto de las que empuñaban los demás, que no tenían cual ellos por oficio único la guerra, el saqueo y los mejores modos de dar ó recibir por dinero la muerte. Bien merecen ser nombrados los españoles que para llevar á cabo aquella inverosímil restauración del poder de la Iglesia, que entonces representaba la causa de la civilización toda entera, pasaron impertérritos los Alpes. Fueron éstos los sobrinos del cardenal, Gómez de Albornoz, que había sido mayordomo del rey y desempeñó el alto cargo de senador de Roma en 1377, diga lo que quiera el doctor Wurm, porque consta en la serie oficial de Antonio Vendettini; Blasco Fernández de Velbis que, según el mismo escritor, fué también senador, ó go-

bernador de Roma en 1367, nombrado por su tío poco antes de morir; y otro llamado García de Albornoz, valerosos capitanes todos tres en las guerras con los moros: Pedro, obispo de Tarazona; Alfonso, que lo era de Osuna; otro Alfonso Vargas, de Badajoz; Lope de Luna, de Zaragoza, y uno portugués; además de Juan Fernández de Heredia, prior de San Juan en Castilla y León y Castellano de Amposta; de los canónigos de Avila y Cuenca, Pedro de Toledo y Juan López; de Alonso Martínez de Pastrana, secretario y notario de D. Gil, y de los doctores en derecho canónigo, sus auditores, Juan Martínez, canónigo de Palencia, y Juan Fernández, arcediano de Valderas, en el obispado de León. Trás de estos hombres heróicos caminaba una escolta, poco numerosa, de hombres de armas escogidos, franceses, ingleses y alemanes, el mando de los cuales tomó Gómez de Albornoz. Muy bien acogido en la Lombardía, que gobernaba el arzobispo Juan Visconti, por todas las poblaciones, y en la misma Milán, donde aquél salió á recibirlo, y lo hospedó en su propio palacio, no halló tropiezo D. Gil, sino respecto á Bolonia, ciudad en que el Visconti, usurpador de la ciudad, no consintió que se le admitiese, Florencia y Pisa, en cambio,



le abrieron alegremente sus puertas, dándole la primera, después de oírle predicar, hasta 150 caballeros que lo siguiesen, y poniendo á su disposición la gente armada que tenía en la Romagna. De allí pasó á la tumultuosa Siena, donde con su predicación obtuvo también dinero y más gente armada, aconteciéndole otro tanto en Perugia. Hablan entre otros, de todo esto en sus historias florentinas, Scipion Ammirato y Mateo Villani. De Perugia se dirigió D. Gil ya á Montefiasconi, que con Montefalco eran las únicas poblaciones que reconocían aún la soberanía pontificia. Hallábase, pues, en el término de su expedición y comenzó al punto sus negociaciones con los usurpadores de los Estados de la Iglesia, sin descuidarse en la organización y acrecentamiento de sus elementos de guerra. No hay que esperar que en este artículo relate yo, al por menor, los sucesos de varia índole que ocurrieron hasta que de todos los usurpadores consiguió D. Gil completo triunfo. Trataré solo de lo más esencial. La lista de los que, á estilo helénico, apellidaban tiranos, en el Estado eclesiástico encierra muchos nombres: Juan de Vico, que se titulaba prefecto de Viterbo; Manfredi; Malatesta de Rímini; los Ordelaffi, señores de Forli, en la Emilia;

Galeotto de Armino y Alozzo de Fabriano, en las Marcas; Nicolás de Boscareta y Sinibaldo, en la Romagna, con otros y otros de menos cuenta. A todos logró someterlos don Gil, ya con su espiritual poder, ya con su destreza diplomática, ya con su pericia militar. Buscaba de por sí el dinero cuando no podía el Papa suministrárselo; enganchaba los mejores soldados para su ejército; atraía-se el afecto de los plebeyos y los caballeros particulares, malcontentos de los usurpadores; guerreaba, por último, en compañía de sus deudos y á la cabeza de su hueste advenediza y varia, cuando los caminos de paz se le obstruían. Durante tan complicadas operaciones, logró reunir el renombre de gran capitán, y aun de hábil ingeniero, al que traía ya de político sabio cuando entró en Italia. Juan de Vico, el más poderoso de sus contrarios, se resistió mucho, pero cual otro cualquiera fué vencido, comenzando don Gil por excomulgarlo, reduciéndolo despues á esconder sus tropas en los muros de Orvieto ó Viterbo, hasta que pidió capitular, tomando el Legado posesión de todas sus fortalezas, y ofreciéndole tan solo por algún tiempo, á nombre del Papa, el gobierno de Civita-Vecchia y algún que otro lugar, cosa que descontentó, no obstante, á Inocencio

VI, amigo de más rigor. Pero D. Gil, inflexible con los soberbios, y siempre dispuesto á imponer su autoridad por la fuerza si era necesario, sabía distribuir también con discreción suma el castigo y la indulgencia, el uso de la benignidad y el de las armas. Durante la guerra con Vico acudió al sitio de Viterbo el célebre Colá di Rienzo, destituido ya una vez de su Tribunado en Roma, y preso en Aviñon; mas enviado luego por el Pontífice á la Romagna, bajo las órdenes de D. Gil, para que se sirviera éste de él como conviniese en lo tocante á Roma. Poca confianza inspiraron siempre, como dice Papencordt, al claro genio y al firme carácter de D. Gil, el fantástico espíritu y la insegura voluntad de Rienzo; más no por eso dejó de darle licencia, á petición de sus conciudadanos, para volver á Roma, donde los mismos que le llamaron, diéronle luego el mal fin que se sabe. Lo que al Legado le importaba en principio era que los romanos reconocieran siempre la soberanía de la Iglesia, y le ayudaran contra los usurpadores, sin hacer gran mérito en el interin de las veleidades de aquel pueblo en todo lo interior y municipal, abandonado á sí propio. Ni el motin que costó á Rienzo la vida debió de sorprenderle, y después de recibir instrucciones de



Inocencio VI sobre el caso, limitóse á imponer á los asesinos penitencias proporcionadas á la parte que cada cual tomó en el suceso. Mas es hora de apresurarme, para poner pronto término á este artículo. Ello es, en suma, que acosado, como Vico, Ordelaffi, aquel bestial señor de Forli, segun le llamó Muratori, acabó por entenderse asimismo con el Legado, mediando en los tratos Francisco Oleaggi, otro de sus iguales, ya rendido: y á cambio de la absolucíon, y de algunos señoríos de poca monta, esto último por empeño de los Visconti, dejó igualmente en paz el país. Poco más ó menos aconteció con Malatesta, y, sin detenerme á hablar de gente de menos valer, debo consignar ya que á excepci3n de la ciudad de Forli, vivamente asediada, todo el Estado Pontificio quedó desde entonces tranquilo.

Para quitarse de enmedio obstáculos, hubo de tratar D. Gil con algunas de las bandadas de mercenarios que devastaban á Italia, comprando, como la generalidad de los Potentados, sus servicios, á veces, y á veces su neutralidad; pero poniéndolos también á raya cuando convenía. Quizá el punto de honor de un mero soldado hubiera debido prescindir de ello; mas no un político, tan sólo soldado por necesidad. Sin razón le

censuró, pues, por tal motivo, Mateo Villani.

No era posible, mientras todo esto acontecía, que la extraordinaria posición alcanzada por aquel prelado, para franceses é italianos extranjero, no engendrara en Aviñon envidias. Hubo, por tanto, quien, abusando del ánimo sencillo de Inocencio VI, más para la vida ascética y monástica que para el gobierno, le persuadiera de que convenía sacar ya de los Estados de la Iglesia al Legado. Según sus acusadores, usaba éste con sobrada independencia de juicio de sus amplias facultades. Hizo el Papa lo que se le aconsejaba, sustituyendo á D. Gil con el abad de Cluny, persona de mucha menos valía; y no tardó en arrepentirse, á la verdad. Antes de esto había ya tenido que luchar el Legado más de una vez con las intrigas de Aviñon; pero hasta allí había triunfado de todas. Sin vacilar, púsose ahora en camino don Gil para Francia, por Florencia, donde fué magníficamente recibido por toda la nobleza y pueblo, llevándolo bajo palio los mayores personajes de la ciudad. Allí predicó un gran sermón, sobre la debida devoción á la Santa Iglesia, continuando en seguida su viaje hasta Aviñon. Saliéronle á recibir el Papa y el Colegio de Cardenales, á distancia de dos mil pasos, conduciéndole

al Palacio pontificio en triunfo. Cuéntase que en una elegante oración que desde su silla pronunció el Papa, recapitulando los hechos de D. Gil, no titubeó en llamarle Padre de la Iglesia, con aprobación general. Por estos días se supone que su perseguida familia le llamó á España, para que la protegiera en las mayores angustias del reinado de D. Pedro, y que él estuvo inclinado á ir. Ni encuentro probado esto último, ni lo creo, porque no siendo ya prelado español, tan solo habría podido valerse de su carácter cardenalicio, comprometiendo indebidamente á la Santa Sede en aquella revolución fratricida. No era hombre de eso D. Gil. En cambio, quince meses después fué otra vez enviado por el Papa á Italia, donde había todo empeorado desde su salida. Resistióse, al parecer, y en todo caso sería con sinceridad suma, porque al hombre que había ya prestado los servicios que él y que tan universalmente enaltecido se miraba, ¿qué motivo personal podía ya moverle á emprender aventuras nuevas? Mas lo quiso el Papa, y cedió al cabo. Por Diciembre de 1358 apareció así en Italia otra vez. Una de las cosas que durante esta segunda expedición le confió el Papa, fué el ir con especial legación á Nápoles, donde con hartos trabajos reinaba



doña Juana, acusada de la muerte de su primer marido, casada tres veces más, y siempre con equívoca reputación. Parece que en el objeto de la legación entraba por mucho agenciar que por la reina y por sus barones quedase bien reconocido el feudo de la Iglesia, sin olvidar la extinción de una herejía titulada de los *Fratricelli*, que duró desde el siglo XIII hasta la mitad del XV, bajo varios nombres, y contra la cual ya había fulminado Inocencio VI las más graves censuras. Estos tales herejes no florecían solo en Nápoles, sino de igual modo en los Estados de la Iglesia, por lo cual desde 1354 tenía ordenado á D. Gil el Papa que instituyese en su contra inquisidores. Más sensual que intelectual, como algunas otras, la tal herejía, según parece, y obedeciendo D. Gil al Papa, los persiguió duramente, porque al par contrariaba sus más íntimos sentimientos también, lo mismo que en los Estados de la Iglesia en Nápoles. Y fuera de esto, parece que de allí salió sin tocar más que aparentes resultados por falta de sinceridad en todos, quedando el país poco menos revuelto que antes, aunque más seguro, porque atrajo al servicio de la reina *las compañías blancas*, compuestas de cinco mil caballos y mil infantes. Con esta ocasión fué elevado su so-



brino Gómez de Albornoz á la categoría de capitán general de aquel reino.

Mas afortunado siempre en los Estados eclesiásticos, fácilmente se apoderó á su vuelta de Forli y consiguió luego que el antecitado Juan Oleggio, introducido á la sazón en Bolonia y objeto de la saña implacable de Bernabé Visconti, por no rendirse á su enemigo, entregase aquella ciudad, ya insigne á la Iglesia. No perdió minuto en ocuparla D. Gil por medio de su esforzado deudo Blasco Gómez de Belvis y de Pedro Farnesio, uno de sus capitanes italianos. Dió esto lugar á una sangrienta guerra, que puso más y más de relieve las extraordinarias cualidades diplomáticas del gran hijo de Cuenca, que aseguró su conquista con útiles alianzas, y las militares dotes de su familia. Durante dicha guerra tuvieron lugar dos batallas campales, la una en el territorio milanés, donde la gente de Bernabé Visconti fué derrotada, á costa de la vida de García Alvarez de Albornoz, sobrino del cardenal; la otra cerca de Bolonia, el día 20 de Junio de 1361, mandando en jefe á los boloñeses el gran soldado Gómez de Albornoz, que cayó herido, mientras el Podestá Fernando, de su propia familia, quedaba muerto en el campo, peleando antes ambos

como leones, según refiere un antiguo cronista boloñés. Reina alguna confusión en estos nombres pero no cabe dilucidar la materia en este artículo.

La adquisición de Bolonia coronó brillantemente la vida del cardenal, proporcionándosele con ella la mayor de sus satisfacciones en la vida. Siempre miró luego á aquella ciudad como segunda patria, más sin olvidarse por eso de la suya nativa; fundando allí el famoso Colegio de San Clemente, de los españoles, que fué el primero, y el modelo de todos los titulados Mayores, de España, después. En tal fundación, tuvo por indudable fin D. Gil mejorar los estudios de sus compatriotas, porque no cabe duda que llevaba en ellos ventaja entonces Italia á todas ó casi todas las naciones europeas. Los últimos años de D. Gil no dejaron de ser trabajosos todavía. Nunca habían cesado en Aviñon aquellas intrigas contra él, que en una ocasión le obligaron á enviar á desvanecerlas al obispo de Badajoz, y en 1359 al de Sigüenza, con el fin de evitar que el dinero recaudado por sus colectores ingresara en la Cámara Pontificia, dejándole sin recursos para continuar sus campañas. Estas mezquinas cuestiones de recursos, tratándose del más puro de los hombres, como en su

testamento se patentizó, debían de fatigar su espíritu por tantas otras causas cansado. Verdaderamente Inocencio VI, aunque de intención recta, no poseía la generosidad y amplitud de miras de Urbano V, que en 1362 le sucedió. Vióse entonces algo mejor apoyado que antes D. Gil, é impuso la paz á los Visconti, no sin obligarlos á solicitar la mediación de los reyes de Inglaterra, Francia y Chipre y el perdón del Papa. Por su parte, consintió en que su glorioso sobrino D. Gomez de Albornoz dejase el gobierno de Bolonia, donde era adorado. Movidos, sin embargo, por aquellos pérfidos magnates, todavía intentaron los aventureros ingleses y alemanes, reunidos en gran número, oprimir por las armas á los florentinos, y saquear después las tierras de la Iglesia; pero de una parte, el capitán de D. Gil, Tomás Obizzone, y de otra Gómez de Albornoz, las derrotaron completamente, el primero entre Arezo y Cortona, y el segundo cerca de Perugia. No contrastando ya nadie á D. Gil en Italia, y sintiendo que se le echaba encima la muerte, solicitó del Papa Urbano V, mediante un mensaje llevado por su sobrino Gómez de Albornoz, que tornase á sus Estados, donde había de encontrar ya restablecida la poco antes olvidada obediencia.

Prestóse con gusto el Pontífice á su deseo, y se encaminó á Italia, saliéndole al encuentro D. Gil en Coneto, donde dió su legación por terminada, pidiendo licencia para retirarse al descanso en Viterbo. No se lo concedió del todo el Papa; pero tres meses después acabó en aquella ciudad la vida el día 24 de Agosto de 1367, aunque otra cosa dijera la primera traducción vulgar del libro de Sepúlveda, no obstante que la corrijiése él mismo.

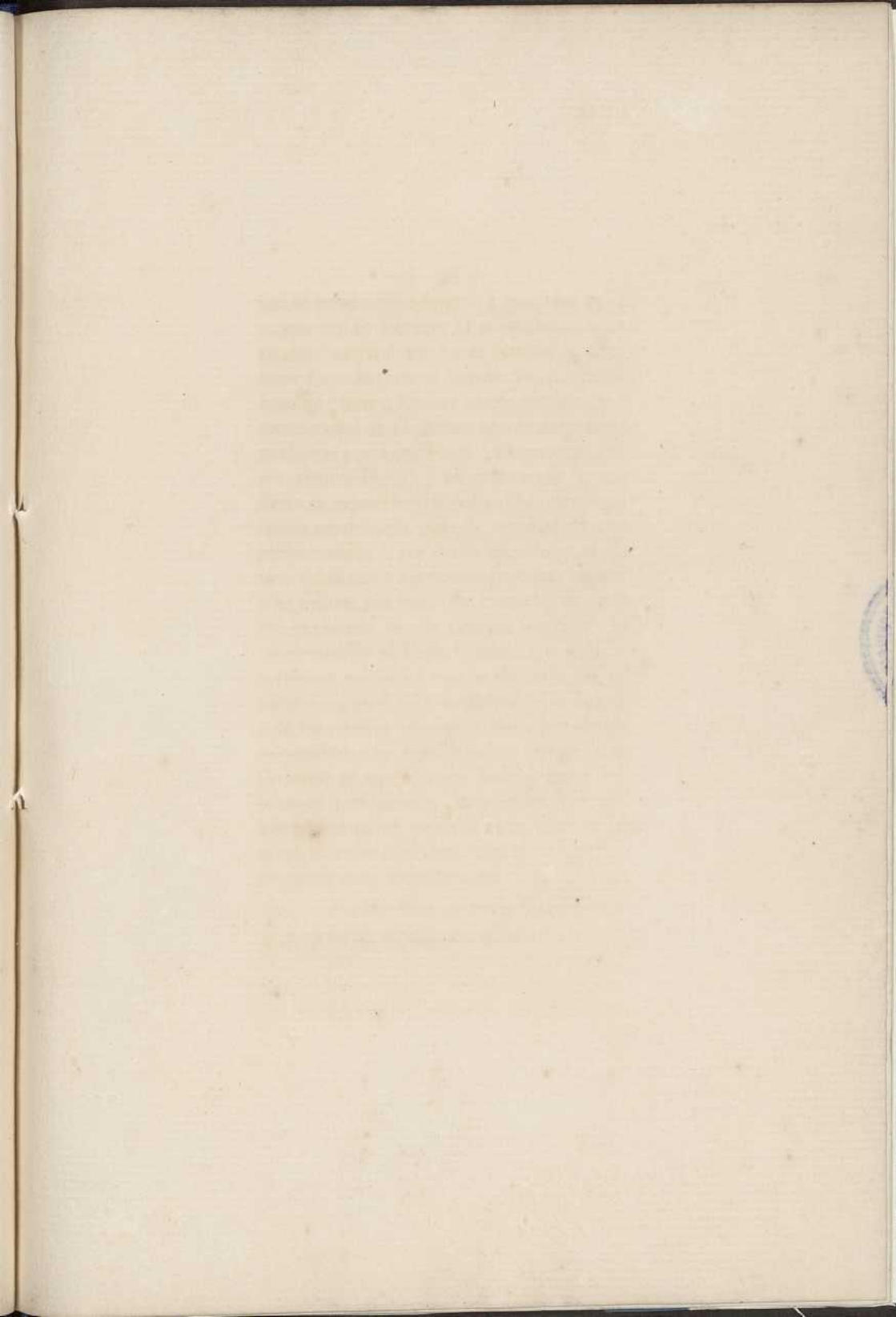
Durante una enfermedad gravísima que en 1364 tuvo ya, hizo el cardenal testamento, y entre muchas cosas que no vienen al caso ahora, dejó determinado que se le depositase en la iglesia de San Francisco en Asís, mientras no era tiempo de traer á España su cadáver para enterrarlo en medio de la capilla de San Ildéfonso, que conoció sin duda antes de salir de España, aunque algo se reformara después, *“con un tñmulo conforme á la decencia de su estado.”* Cuatro años después se cumplió en esto su voluntad, concediendo el Papa Gregorio XI, el último que residió en Aviñon, extraordinarias indulgencias á cuantos condujesen su féretro algún tiempo sobre los hombros. Recordó, tal vez, que su propia vuelta á Roma era debida á la situación en que dejó ya don

Gil el estado eclesiástico. Y cuéntase que el mismo rey D. Enrique II se empleó en aquel piadoso servicio por hacer resaltar la injusticia de su hermano. Jamás ha disfrutado hombre alguno, bien se puede afirmar, de la unanimidad de alabanzas que de sus contemporáneos, aun aquellos á quienes supo vencer, obtuvo D. Gil, y ha confirmado y confirma la posteridad cada dia. Dejó una legislación establecida, que le acreditó de gran jurisconsulto, y por siglos ha sido en el Estado eclesiástico respetada; dejó una reputación militar por todos los hombres de guerra envidiada en su tiempo; dejó con tal consternación al Papa Urbano, que antes de mucho se volvió á Francia, abriendo así camino á algunas más desdichas de la Iglesia y de los pueblos cristianos; dejó, por último, tal nombre, que sencillamente escrito en latín sobre su sepulcro de Toledo, por sí solo basta al monumento, ennobleciéndolo más que pudieran las mayores maravillas de las artes, si, como á la vista está, *no se hubieran guardado para mejor ocasión.*

A. Canovas del Castillo.

Madrid 15 de Febrero de 1894.





SMITHSONIAN INSTITUTION



